

EL DEFENSOR DEL OBRERO

COMEDIA PARLAMENTARIA

Los "diputados" del obrero

¿Y SE LO CONSENTEN?...

Siempre el mismo espectáculo. Saborit habla en el Congreso largo y tendido acerca de la «cuestión política».

Prieto discurre o interrumpe con sus impertinencias en todas las sesiones, siendo su fuerte la «cuestión política».

Besteiro no se mudo para dejarse oír, y como «representante» de los obreros y profesor de Lógica, habla siempre de la «cuestión política».

Anguiano, por no ser menos, « diserta » a menudo sobre la «cuestión política».

Todos coinciden en una «práctica apostolón», a los problemas de mejoramiento del brazo productor y en su afán de promover «debates políticos» para soltar unas cuantas frases gruesas de poco gusto estético, recibidas con fuertes rumores. Si sólo buscan el escándalo y no el «bien del obrero», lo consiguen a maravilla.

¿Es tan sencillo meter ruido!

— 0 —

Muchos hemos pensado en que el el orden, aunque sea aparentemente, se conserva en la Patria, es debido a que los elementos de idea y hechos revolucionarios, «habitualmente» eligen como guías a los más ignorantes e ineptos.

Todos los conocimientos de la docena de hombres que están de «directores de la masa obrera roja», caben perfectamente bien en una pequeña cuartilla. No son los socialistas españoles de la talla de sus compañeros de otras naciones.

Aquí en misión se reduce a copiar defectuosamente lo que otros dijeron sin asustarse el descubrir sobrio y racional, y ya se dijo como axioma que lo que falta de razones es común que se supla con gritos.

Con sinceridad lo decimos. Nos alegramos de que sean tan «impo-

litos» y torpes los «compañeros» aludidos, ya que, gracias a su ignorancia y a su mala dirección, vivimos con relativa tranquilidad.

— 0 —

El obrero socialista o sindicalista, en su burdo materialismo, solo desea mejorar en los medios de vida; quiere comer mejor y más barato; trata de poseer habitación más amplia y soleada, con menor pago de alquileres; aspira a que cuando sus fuerzas le falten y la vejez le rinda y sea inútil para el trabajo, tenga derecho a una pensión, que le libre del hospital; le interesa, en una palabra, bastante más que la estancia de Martínez Anido en Barcelona, el ver sin sobresaltos y angustias un porvenir dulce y tranquilo y desahogado.

Esta es la realidad obrera. Sus representantes en Cortes pasan por ojos esas justas ansias del proletariado que los eligió y van ufanos y rebidores al Congreso para levantar su voz con brío en interpellaciones vanas, flojas, insulses y antiobreras, sobre la cuestión política, que para ellos debe ser cuestión secundaria.

Si fuéramos obreros de las mal llamadas «Casas del Pueblo» nos dejaríamos exhibir para reír y mirar a gente que tan mal obra, pidiendo su cese por desertores.

¿No ve ese contraste el obrero español? ¿No se ha convencido de que se prescinde de él y de sus mejoras precisamente por sus defensores y sus guías?

— 0 —

¡Ah! Pero los de arriba triunfan. Cobran dietas por varios conceptos; tienen en sus «cartas» el secreto de la vida espléndida, y critican, faltos de verdad, a los burgueses, cuando ellos lo son en grado superlativo, pues en el engaño de los insautos y tontos encuentran el medio para satisfacer sus vanidades y pasiones.

Estudios Sociales

EL CONGRESO SOCIALISTA

Hemos asistido a una sesión del Congreso Socialista, que estos días se celebró en Madrid. Ocupamos un asiento de la galería alta del teatro de la Casa del Pueblo. El teatro tiene forma casi cilíndrica, y desde aquel alto ventanal no vemos otra cosa que las barbas espesas del compañero que presidía, la tela roja de una bandera que cerraba el horizonte del escenario, y la salva solemne, apenas suscitada con unos pelos armónicamente dispuestos en líneas paralelas, del orador de tanta. Que era Largo Caballero, el ex diputado a Cortes y antiguo militante socialista.

Observamos ante todo en nuestro alrededor, porque nos inspiraba más curiosidad que el espectáculo, su auditorio. Formábanlo unos cientos de obreros apretujados en los dos pisos del teatro, por haberse reservado la planta baja del mismo a los delegados. A mi derecha, en el centro de la galería constituían apretado haz unos jóvenes exaltados, de comunismo acreditado, a juzgar por los frecuentes apóstrofes con que interrumpían a Largo Caballero. En una esquina de la galería inferior resonaban a menudo alaridos de progenie también comunista. En general, la nota comunista, imperaba sacudiendo en ondas de furor a casi todos los concurrentes.

Largo Caballero, como antes Saborit, como después Besteiro, hacía esfuerzos insistentes por dominar a la fiera. Pero era en vano, porque la fiera no estaba en situación de domesticidad. Magna lección de pedagogía política la que le estaban brindando aquellos ciudadanos orienturientos! Las muchedumbres obreritas han sido siempre iconoclastas, irreverentes, levantizas. No podían ser otra cosa, porque sus caudillos se olvidaron muy bien de fortificarlas

en sus instintos, antes que en sus convicciones. Y la muchedumbre, que en trémolo perenne latía en torno al señor Largo Caballero, complacida en pisotear, escarmentar y barronar la actitud y los acontos del leader. Es que recordaba las enseñanzas recibidas en el taller, y las aplicaba al dómimo, quizás arrepentido a estas horas de haberlas expuesto.

A mi izquierda estaba un obrero de unos 40 años, en cuyo semblante se reflejaba cuando el desprecio, cuando la ira, cuando el odio más cervical hacia el orador. Si éste aludía a sus sacrificios por la causa, mi vecino mascullaba un «¡farsante!» implacable. Si recordaba la huelga general de 1917, sonreía con gesto de inercidula mofa. Si hacía caso de fe en el ideal socialista, llamábale cosas que por uso no pueden ser trasladadas a estas columnas. En fin, como una vez tuviese el arranque — ciertamente plausible — de declarar que el partido socialista era enemigo del atentado personal, mi vecino indignóse, y con fiereza le interrumpió: «¡Pablo Iglesias sostuvo en el Congreso lo contrario!» Y una explosión de asentimiento y aprobaciones retumbó en el local.

Pues como ese obrero que estaba a mi lado, procedían otros muchos. Y cito el detalle, para que los lectores puedan darse cuenta del ambiente que dominó en esa asamblea. De lo cual no debemos regocijarnos, ciertamente sino todo lo contrario porque así como no creyéramos errar el forjar cuentas galanas a base de la sesión del partido socialista; que el fin y el cabo, la paz y la normal evolución social podían tener una colaboración en el obrerismo legalmente organizado, y encontraran siempre una rémora fatal en el comunismo, si éste consigue adueñarse de aquellas masas. Por eso reflejo el ambiente, con condición de que exista.

Por desgracia, la sesión mor-